

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 13 de Septiembre de 1917.

Número 33.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Advertencia previa ⁽¹⁾

Conozco los días sin pan y las noches con frío, sé á lo que sabe casi todo lo selecto y he paladeado las angustias del mañana inseguro; y, no obstante, pudiendo haber subido me he quedado abajo.

Colocado en la línea divisoria del bienestar y la pobreza, sólo de mí dependía inclinarme al uno ó á la otra, y he preferido vivir, mentalmente, en el primero; materialmente, en la segunda.

Un día el marqués de Santa Marta, que me quiso tanto como yo á él, mucho, me llamó pródigo por no recuerdo qué detalle, y le contesté:

—«Voy á decirle á usted lo que he supuesto para explicarme esta contradicción entre mis arranques y mis medios. Un emperador debió pasar por Sevilla y prendarse de una de mis abuelas lejanas, que indudablemente sería tan hermosa como ligera de cascos. Se distraerían los dos, y por la teoría del salto atrás yo me parezco á mi abuelo de contrabando en lo fastuoso, sin medios para imitarle sino á ratos. Mi venerable abuela me perdonará esta suposición que, bien mirado, la honra. Rendirse á un emperador acusaría distinción y gusto aristocrático; lo contrario que si se hubiera rendido á un lacayo.»

A Santa Marta le hizo mucha gracia la explicación, y yo continué, por mi inteligencia mirando hacia arriba; por mi corazón quieto abajo. Y esto hallándome convencido de que las situaciones intermedias son falsas.

Dije antes que sólo de mí ha dependido variar de condición social, y voy á demostrarlo con un hecho, entre varios que citar pudiera.

El año 1877 fui solicitado para ingresar en la monarquía. Llegó Campomamor á mi casa y me dijo: «Romero Robledo quiere rodearse de hombres que valgan. Vén-gase usted con nosotros. Ya sé que es us-

(1) De mi libro *Cuadros de miseria*, edición agotada.

ted republicano y demagogo. Esto no importa. Yo soy más demagogo que usted. Pero... hay que vivir. La restauración, por poco que dure, ha de durar veinte años. En este tiempo hace usted carrera política y dinero; y si después siente deseos de reingresar en el republicanismo, sus correligionarios lo recibirán con los brazos abiertos. No sea usted tonto. Vén-gase.»

Si otro que aquel hombre adorable me habla así, acaso habría yo montado en Rocante y requerido la lanza. Con él no era posible.

Y el caso es que pude apostar sin que nadie se enterara; apenas se me conocía en política. Sólo un hombre estaba al tanto de cómo pensaba yo, pero no me atreví siquiera á consultarle; por miedo: era el único á quien temía y respetaba entonces y á quien he continuado respetando y temiendo. ¿Que quién era? El autor de estas líneas.

Por aquellos días fueron solicitados varios escritores notables, entre ellos Eugenio Sellés y Andrés Mellado; estos dos se respetaron también á sí propios. Más tarde, arrepentidos, ingresaron en la monarquía, y hace muchos años ya que nadie recuerda su republicanismo. Creo que ni ellos. Igual me hubiera pasado á mí.

Al evocar ahora estos incidentes, desvanecidos allá en brumosas lejanías, sospecho si obré de aquella manera no tan sólo por convicción, sino por orgullo. Si; ante los apetitos desordenados de los conservadores, las bajezas de todas clases de los llamados liberales, la resignación vergonzosa de los republicanos; ante aquel conjunto de reptiles agitando en el pantano del medro; ante aquel rebajamiento de caracteres, aquel ansia por enriquecerse, aquel delirio por prostituirse, entrábase en des-os de protestar para sentirse uno orgulloso de sí mismo, dando al par ejemplo de virilidad y entereza. Y yo, sin desconocer que la indignación impotente y el sacrificio inútil resultan casi siempre ridículos, senté plaza en aquel ejército de cuatro reclutas y me conduje cual si realmente fuera numeroso y estuviese organizado.

No hacer en las épocas de corrupción y decadencia lo que la mayoría, ¿hay algo que más satisfaga? Desplegar al viento la bandera vencida frente á la victoriosa, ¿hay nada más grande? Escupir la saliva de la cólera justiciera sobre el éxito, ¿no vale más que el éxito mismo? Así pensaba yo por aquel entonces, y aunque me ruborice al decirlo, así pienso todavía. Hay cerebros en que se petrifican ciertas ideas, y el mío ¡ay! es uno de ellos. Bien mirado, no debería crearme hombre progresivo.

¡Y luego, la pícara vanidad! Aunque pequeña y femenina esa pasión, pocos hombres nos sustraemos á ella; ni los orgullosos. ¡An ma, conforta y fortifica tanto el verse aplaudido por la actitud adoptada! ¡Se considera uno tan bien pa-

gado cuando alguno de los que no perseveraron le manifiesta en alguna forma su simpatía!

Y el caso es que ni el tiempo, ni las contrariedades, ni los desencantos logran despartar á los sonámbulos del orgullo. Referiré á este propósito, y sonriéndome, un hecho ocurrido ayer, como quien dice: en 1901.

Una señorita muy ilustrada quiso tener una tarjeta firmada por Julio Burell y me eligió por intermediario; le escribí pidiéndosela, él entendió que era para mí, y me la envió por el correo interior. Me decía:

«Viejo Pigmalión, aún sigue usted esperando el divino estremecimiento de Galatea.»

Los que no hemos sido bastante fuertes para imitarle, nos rendimos dos veces á la belleza moral de su actitud: una con la admiración fervorosa; otra con el remordimiento...

No calculo lo grande que podrá ser la emoción de los aficionados á títulos nobiliarios cuando reciban el real despacho concediéndoles el que apetecían, mas de seguro que es inferior á la sentida por mí al leer la tarjeta aquella: por ser de quien era y por lo que decía. Y por merecerla. Estuve un instante por admirar á los que hacen una vida de penitencia con la esperanza de ganar el cielo.

¿Que á qué ha venido toda esta charla? Pues... la verdad... no caigo ahora. He ido escribiendo cuanto se me ocurría sin cuidarme del tema ni del enlace, y... Mas ¡ah!... ya di con ello.

A enterar á los que lean este libro, de que todo lo que va en él ha sido visto por mí unas veces, oído otras, leído algunas y sentido todas, por haber tenido el raro capricho ó la necia manía de permanecer siempre en la línea divisoria que separa el bienestar de la pobreza.

Con que ya lo saben: éste es un libro vivido, como se dice ahora.

JOSÉ NAKENS

DON JOSE

I

Hay días, que yo llamo negros, en que el sentimiento de la patria se despierta en mí como de un largo sueño; y en esos días, aborreciendo momentáneamente cuanto me rodea, presa de un verdadero ataque de nostalgia, queriendo olvidar nombres, fechas, aficiones, costumbres, el cielo que me cubre, la tierra que piso, cierro el balcón y después los ojos, me arrojando sobre la revuelta cama, queriendo asfixiarme bajo la almohada, colocada á manera de losa sobre la cabeza, y en este paroxismo repentino, oigo el himno popular, y la jota aragonesa.

sa, y los coches que van á los toros, y las campanas de cuarenta iglesias, y los gritos de los vendedores, y los brindis de los amigos; y entre las sombrías luces de esta calentura terrible, veo pasar los ojos andaluces que abrasan, mantillas blancas que flotan al aire, bandadas de gaviotas siguiendo barcos con banderas amarillas y rojas, y voces distintas que resuenan á un tiempo y dicen piropos en español y repiten el rosario, y vociferan por la libertad, y campanillas, y oles, y requiebros y expansiones sin fin, que se confunden en inmenso coro muy lejano.

En esos días, una vez pasada la violencia primera del ataque, no hay mejor consultorio para mí que irme á buscar á D. José.

¡Ah! ¡D. José!

No diré su apellido; no daré, no, sus señas; este hombre sin igual es para mí una mina y me lo reservo para mí solo.

¿Quién es?

No lo sé. Se llama D. José, sirve en un almacén de vinos allá muy lejos, al otro lado del agua; es de Sevilla, lleva treinta años en París, en la misma cosa. De su honradez se hacen lenguas los amos; de su carácter me haré lenguas yo, porque D. José es la nación, es la patria.

Treinta años lleva aquí, como digo. No habla francés, porque no quiere. Viste como sus paisanos de las orillas de Guadalquivir, pantalón ajustado, chaqueta corta, sombrero pavelo. A él que no le vengán con modas ni con costumbres; donde está un español está España; y en viéndome entrar por las puertas del almacén, se acabó el trabajo; coplitas y cañas.

—Don José, hoy estoy triste.

—¡Natural!

—Tengo la nostalgia.

—¡Digo!

—Vengo á que hablemos en español.

—Y á tomá una cañita.

—Todas las que usted quiera.

—¡Alza parriba, niño!

II

Hombre admirable que á los sesenta años no ha perdido nada de nuestro carácter nacional, y que sólo vive lejos de su país, porque sus amos, á fuerza de aumentarle sueldos y comisiones, no quieren prescindir de su experiencia ni de su probidad. Una hora de conversación con él, repara las fuerzas morales perdidas. En medio de esta vida vertiginosa con todas sus ventajas y sus inconvenientes se descansa de París como en un oasis yendo á hablar con D. José ó señor José, como le llamaban en Cádiz.

—Don José; decíamos que estoy triste.

Y D. José, echando por aquella boca, negra como la entrada de una caverna, un gran jipio,

Compañerita del arma yo no pueo con las penas, si tú no me las alivias tengo que morir con ellas.

¿Qué coupléts, ni qué música de Gounod, ni de Wagner, ni qué tiradas de versos de Corneille pueden producir en el alma la sacudida que estas tristezas cantadas de mi compatriota?

—Así le pasa asté, dice él, y así mos pasa á toos, porque la compañerita es la tierra, y si *eya* no mos cura, riase usted de cuentos; en Francia la guita y *na* más; y este *recao* que no se le *orvie*.

—Siga usted, D. José, porque me consuelo mucho. Sepa usted que á mí me encanta París y su modo de ser, y la civilización que en él se aspira, como si fuera necesario al pulmón... pero...

—Sí, sí; ya estoy ar cabo—exclama el hombre...

Y después de otro gran jipio y sus golpes de nudillos en la mesa,

Arrastrando po los suelos has de venir á buscarme, con el corazón partío yorando gotas de sangre.

—Qué sentío tan grande el de la copla, ¿eh? Don Roque (porque er señor José tiene la manía graciosa de llamarle á uno cada vez con un nombre distinto.)

Arrastrando po los suelos, ¿eh? Así tenemos de dir á buscar aquella tierrecita de España; créalo *osté*, porque esta no es tierra. Misté, don Francisco; aquí de acá (golpe en el bolsillo del chaleco); y de acá (golpe en la cadera); y de acá (golpe en otra parte); pero de acá... (golpes repetidos en el corazón) ¡ni esto! (Bocado con chasquido en la uña del dedo pulgar). ¡Como la tierrecita no hay nada!

—¡Por la tierra!

—¡Andando!

Nuevas cañas y tercer jipio.

Los gitanos de *verdá* cuando estrenan un *vestio* no se lo quitan *der cuerpo* hasta que lo ven *rompto*.

¡Y *asin* es la querencia por el país, Don Canuto! Hasta que no *muremos*, no se nos quitará el *vestio* de cariño de la pura *verdá* de nuestros padres. Vamos, hombre; ¿usté *pie* sa que la *virgen der Pilá* se hubiá establecido aquí?

—¡Ah! Es que la *virgen* del Pilar no quiso nunca ser francesa.

—Ni la de las Angustias de Granada.

—¡Bah!

—¡Creerá usted que no hay más *virgen* que la suya!

—No nos incomodemos.

—No me toque usted ese punto.

—Ni usted á mí

—Vaya una cañita.

—Venga.

Jipio prolongadísimo.

¡Por Dios no me *yores*, no me *yores* más, porque si me *yoras*, comp. ña mía, me tiro á *matá*.

Y yo... ¿por qué no he de confesarlo?, lloro oyendo aquel canto semi-árabe, semi-andaluz que resuena en la bodega como si viniese del centro de la tierra.

A todas las veo, no te veo á tí, el corasoncito, ¡ay! po la boquita se me quié sali.

Por las mañanitas cuando me levanto con las lagrimitas de los ojos míos la cara me lavo.

Tu carita blanca, tus lunares negros, me paresistes la *virgen* der Carmen, lo que está en Santo Telmo.

Cuando yo me muera, por Dios te lo encargo, ¡que con la cintita de tu pelo negro me aten las manos.

¡Ay! En estas horas robadas al trabajo y á la lucha, en la soledad de una intimidad hija del sentimiento de la patria más vivo y más ardiente cuanto más lejos vivimos de ella, el alma se dilata y navega en ondas de armonía que parecen venir del fondo de aquel gran Betis cuya corriente fiera cantó el poeta, y al salir de aquella cueva donde la nostalgia ha encontrado momentáneo consuelo, y al recoger de nuevo las calles de la gran ciudad con sus ómnibus, sus coches fastuosos, su lujo seductor de la vida moderna, resuenan aún en los oídos las últimas endechas del patriota escondido que repiten ecos lejanos, y á manera de improvisación forzosa voy haciendo á mi modo coplas que luego olvido...

Tierrecita mía, si muero sin verte, ¡al hoyo es ondido donde duerme padre por Dios que me lleven!

EUSEBIO BLASCO

Matadores de mujeres

Equivocación no; yo no me equivoco cuando hago la amplia afirmación de que los asesinos de sus mujeres son movidos por energías ajenas á la pasión, á la excusa imprescindible de los celos. La pasión resulta rara entre los que se deben amor, como se debe dinero, por el contrato carnal que establecen las deudas conyugales. El amor en el matrimonio es una letra pagadera á la vista, cobrada por el marido. Este, en sus pagos, puede hacer bancarrota; la fuerza armada nada tiene que hacer con el marido desertor. ¿Pero la esposa? Esa no, esa está perdurablemente bajo la potestad marital, y puede su dueño, en caso de fuga, retornarla al hogar por mano del gendarme.

La ley, severa con la impudicia, mogigata con la caricatura y el couplet galan-

te, sabe ser matrona empleando su acción moralista en casos tan raros, tan extraños.

¿Por qué Temis devuelve la mujer al esposo? Sin duda para el cumplimiento de su misión en el lecho conyugal, el compromiso adquirido ante el Código. Impone el deber matrimonial, como impone la prostitución oficial á la prostitución libre. La mujer se la dió al marido é impone la sanción penal si la esposa se declara libre; concedió patente de violación legal y pena el violar entre casados voluntarios.

La separación no la consiente, declarando forzoso el ayuntamiento mientras no tercién golpes que dejen señal, ante extraños, ó engaños pecuniarios. La incompatibilidad de caracteres, la rebeldía de la carne, hostil desde el primer día, fatigada por el yugo, no se tienen en cuenta.

No se me haga acusación de materialista. Creo en el alma; en la eternidad de lo bello y de lo bueno, en el esplendor de los astros, en la fecundidad de las mieses, en la dulzura de las rosas. En los crepúsculos, en las auroras, en las noches claras, siento en mí un ansia inmensa que asciende hasta la cúpula azul, queriendo traspasarla camino del más allá.

No puedo ser sospechosa de materialismo, en el sentido estricto de la palabra. Por ello digo, afirmo, que cuando un sér no puede soportar más á otro, la inmoralidad está en forzarles á un acto que sólo puede tener por base el amor... ó el hambre.

¿Qué origen tiene esa parcialidad legal en favor del fuerte contra el débil, ese viejo resto de barbarie?

La autoridad paterna, la tiranía conyugal son los legados de la legislación romana, el poder del pater familias, amo del hijo, señor de la mujer, propietario de la carne que goza y de la carne que engendra!

He dicho la gran palabra: propietario! Porque el instinto de posesión bulle en los entresijos del crimen conyugal. Los matadores no sufren en lo jurídico la imputabilidad ni el remordimiento en lo moral. Cuando, anormalmente, sufren persecuciones judiciales, se asombran sea menoscabado «su derecho», el derecho que tienen á usar y abusar de la mujer propia como de los frutos del campo, de un reloj ó un baúl.

¿Pasión? En nuestra época la pasión no alcanza esas latitudes, descontados los pequeños Otelos, ridículos siempre y odiosos no pocas veces. Y aun en esas explosiones coléricas, veo el furor del comerciante engañado, la cólera del aliado que se ve traicionado. La mujer quiere libertad, quiere su vida ó sus bienes, y el marido, el comprador, el propietario, niega libertad y bienes. Si la víctima calla, sigue su curso el matrimonio; si protesta, un balazo es el epílogo.

El amor, la pasión, pueden vivir hasta en el matrimonio; pero cuando la repulsión ó el odio echan sus raíces, el matrimonio no es más que cuestión de amo y esclavo.

¿Furor de amante? No; violencia de propietario lesionado que toma venganza.

MADAME SEVERINE

Dos ladrones entraron en casa de un ricacho con ánimo de robarle. Echáronse sobre él, lo maniataron, y

amenazáronle con los puñales, diciéndole:

—¿Dónde tienes el dinero?

—No lo digo—respondió con resolución el sorprendido, que á más de rico era avaro.

Los ladrones trataron de persuadirle para que hablara, y desesperados de ver que no respondía, uno de ellos dijo al otro:

—Vamos, vamos á cortarle la lengua, para que diga dónde tiene el dinero.

Un policía en el cielo

(CUENTO POPULAR INGLÉS)

I

Impesible es dar idea de la coragina que se había apoderado de John Facewt, famoso agente de policía inglés.

Era aquel un hombre que jamás había hallado dificultades para poner en claro y solucionar los más embrollados asuntos, y sin embargo, él, que había descubierto al asesino de la Meldesness, célebre actriz á quien se encontró una mañana con la sien atravesada de un balazo, con el arma fatal en la mano, y en su mesilla de noche una carta del amante desdeñoso; él, que en el ruidoso proceso de cien mil libras al Banco de Londres (robo achacado al cajero Mr. File, el cual había desaparecido al mismo tiempo que el dinero), pudo dar con los verdaderos ladrones; él, en fin, para quien los negocios más difíciles eran juegos de niños, no podía atrapar á Alex Morrison, criminal muy conocido. El tal Morrison era más listo que el mismísimo Facewt, que es cuanto hay que decir.

Hacia tres meses que el activo polizonte estaba encargado de aquella captura, sin haberla conseguido... ¡Tres meses! Su desesperación no tenía límites, creíase ya deshonrado y hombre inútil para semejantes faenas.

Morrison no las tenía todas consigo, porque más de una vez había estado á punto de caer en las garras del infatigable Facewt; y como temía que éste le echara el guante de un día para otro, resolvió deshacerse de su tenaz perseguidor.

Al efecto, dispuso un viaje á las montañas de Suiza, y se arregló de modo que llegase la noticia á oídos de la policía, y con detalles tan minuciosos que su captura pareciese inevitable.

Facewt bailaba de contento, y provisto de los papeles necesarios, salió para Suiza, contando volver con Morrison, atado de pies y manos.

Morrison esperaba á Facewt en lo alto de una escarpada montaña de ascensión peligrosísima, y aunque había creído fácil deshacerse de aquel viejo polizonte, tuvo que entablar con él una lucha desesperada á brazo partido, hasta que cayeron ambos en una de aquellas simas inmensas...

II

Facewt llegó á la puerta del cielo y llamó con orgullosa firmeza y seguridad, creyéndose con más derecho que nadie para entrar en la mansión de los justos; pero San Pedro, que es un portero de los más escrupulosos, no quiso abrir.

—Yo soy Facewt—decía el recién lle-

gado,—Facewt, ¿lo oye, señor?, el policía que tantos crímenes ha evitado en la tierra y que tantos criminales ha entregado á la justicia de los hombres.

—Sí, sí, sí—replicaba San Pedro,—te conozco. Tú eres Facewt, el polizonte implacable que has contribuido á que los jueces de la tierra priven de la vida á muchos de tus semejantes. Tú eres Facewt, que hace pocos momentos has despachado al infierno á Morrison, el ladrón empedernido, sin darle tiempo para arrepentirse de sus culpas...

—Pero ha sido en legítima defensa...

—Sí, sí, sí, en legítima defensa. Pero aquí no recibimos á nadie con las manos manchadas en sangre. Tienes que purificarte: vete al Purgatorio.

—¡All right! Pero hágame usted un favor.

—¿Cuál?

—Tengo una curiosidad grandísima por conocer personalmente á Adán y á Eva; déjeme entrar un momento para verlos.

—¡Vaya una pretensión absurda! Estos seres de la tierra se creen capaces de todo. ¿Cómo vas á conocer á Adán y á Eva entre tanta gente como hay aquí? Muchos, muchísimos son los viejos y las viejas que tenemos en el cielo, y todos son parecidos, casi iguales...

—Dejaría de ser policía de la vieja Inglaterra si no diera con la pista de nuestros primeros padres.

—Sería cosa de verlo. Yo, que vivo aquí en la portería á donde todos vienen, llevo ya más de mil años sin verlos; por cierto que la última vez que se acercaron á mis dominios porteriles me costó grandísimo trabajo reconocerlos... ¡y ahora vienes tú con más ínfulas que San Juan, pretendiendo encontrarlos de sopetón en cinco minutos, y sin haberlos visto nunca? ¡Quita allá, presuntuoso!

—Si yo entrara en el cielo los encontraría—repitió el inglés.

Admirado San Pedro del aplomo de Facewt y de la seguridad que tenía de dar con los primeros habitantes del mundo, abrió la puerta y le dejó entrar.

—Espera—le dijo,—quiero ir contigo; quiero ver cómo te las compones para conocer á los primeros desobedientes.

Y llamando á San Andrés le dejó encargado de la portería.

Anda que anda, fueron pasando por entre aquella multitud de personas de todas clases. Millones de ancianos y ancianas habían visto ya, y San Pedro comenzaba á dudar de la habilidad del polizonte, cuando éste señaló á un viejecito de larga barba cana, de mirada triste y aspecto de resignación que conversaba con una viejecita de ojos vivarachos, de carácter inquieto y alegre, y que, á pesar de los años, conservaba aún rasgos de belleza incomparable.

Quedóse el portero celestial admirado; eran, en efecto, nuestros primeros padres.

—Pero, hombre prodigioso—dijo el santo,—¿cómo has podido conocerlos?

—Muy sencillamente, señor. ¡No os habíais fijado en que no tienen ombligo?

—¿Se llama usted lunes?—preguntaba un andaluz á un polizonte que lo espiaba.

—No, señor... ¿Por qué?—dijo éste un poco desconcertado.

—Porque viene usted siempre detrás de mí, y yo me llamo Domingo.

A una señora

¡Cuántas ideas suyas cambiarían si leyese usted aquellos libros y aquellos periódicos de todos los países que ve usted algunas veces amontonados en mi mesa, y que mira con aire de repugnancia!

Descubriría una legión de pensadores potentes y serenos, de quienes se asombraría de haber ignorado el nombre hasta ahora, y de que cada una de las personas que la rodean lo ignore, en los cuales se adueña la fuerza de una ardiente fe y la autoridad de una vasta y nueva cultura; naturalezas intelectuales, temples de almas nuevas, gallardas é ingenuas, apasionadas y pacientes á la vez; mujeres, de ingenio viril y de corazón angélico; poetas incultos en cuyos versos informes relampaguean imágenes inmensas; autores didácticos solitarios, surgidos de la gleba, en los cuales se adivinan estudios fatigosos, comprobados, violentos como una lucha física proseguida por veinte años en la buhardilla y sin fuego, á prueba de sacrificios heroicos; una falange de escritores extraños, ásperos, atormentados, oscuros, de los cuales se ve á través de cada página sudar la negra frente y brillar los ojos sanguinolentos, quemados por la reverberación de los hornos, pero dotados de una elocuencia misteriosa, que la harían pensar, señora, día y noche.

Escucharía de rudas bocas de trabajadores verdades y razones que ningún libro las ha dicho jamás; narraciones de miserias y gritos del alma que la harían temblar como el murmullo de los sollozos de un mundo; palabras de piedad y de ternura que sería obligada á repetir á sus hijos y que no se le borrarían jamás de la mente. Y acabaría por amar á todos aquellos hombres de todas clases y de todos países, que llevan sobre la cerviz, como una estrella roja, la misma idea, que se cambian á través de los mares y de las fronteras palabras de fraternidad y de esperanza, y poco á poco, abrazando con el pensamiento el horizonte vastísimo, viéndolo fulgurar la Idea sobre miles de campos de batalla, y las legiones estrelladas avanzar y surgir por todas partes, engrosando á lo largo del camino como torrentes de inundación y sumergiéndose en cada oleada una ruina del pasado, sería quizás sacudida usted misma por un estremecimiento de entusiasmo, y exclamaría:—¡Es justo, es benéfico, es necesario que esto suceda!

EDMUNDO DE AMICIS

CHASCARRILLO

—¡Mira, Celipe—decía la tía Pilara—qu'esto no pué seguir asina!... Si tú no te aconfiesas este año tampoco,

estás recondenao, y yo no quieo que me lleve el diablico.

—Pero recontra, ¿pa qué te querrá llevá el diablico, chiquia?

—Pa echarme en el infierno por está á la vera de un hereje que no confiesa... ayer me lo dijo el señor cura... y como tú no cumplas con la Iglesia, te queas solico, porque yo me voy con mi agüela á Calamocha.

—Pero ¿y cómo voy yo á dí á confesame? ¡Si no m'acuerdo ya de la doctrina!... El señor cura comenzará á hacer pregunticas y yo no sé ná d'eso.

—Es claro... y no ti dará vergüenza d'ecirlo, gran judío... Pus bien que sabes d'emborocharte y luego dar-me de tozoladas en los morros; bien que sabes de gastarme los dineros en vino... asina estás... que paice mentira, ¡condenao y hecho un renegao de Dios!... Pero ya no m'aguanto más... ú te confiesas mañana, ú no cuentas con Pilara.

—Chiquia, no t'amontones, que mi da lastima... Descudia que mañana platicaré con el curica ese, pero será menesté que me enseñes á presiná y mi digas un poquico é doctrina esta tarde pa cuando me apregunte.

—N'hace falta... yo iré contigo á la iglesia y t'iré por señas las contestaciones.

—Güeno... entonces mañana á las siete me aconfieso antes de dirme á la huerta. Pero oye, Pilara, ¿y cómo me vas á ecir lo que respondo al señor cura?

—Por señicas con los deos.

—Está bien... pero te apondrás juntico al confesaero pa oí bien las preguntas; mia que como el cura me diga que no sé doctrina, te doy una mano d'estaca.

**

—Padre, güenos días.

—Dios te los dé muy buenos, Felipe: ¿qué traes?

—Pus á confesame... que la Pilara s'ampeñao...

—Muy bien, hijo mío... así debe ser todo buen cristiano; debe cumplir los preceptos de Dios y su Santa Iglesia... Hombre, persígnate bien... así... la tercera en el pecho; vamos á ver, ¿cuánto tiempo hace que no confiesas?

—Hace tiemppecico, padre (ya está aquí la Pilara).

—Pero, ¿cuánto, poco más ó menos?

—Pues... desde que si me murió la burra canela (haciendo señas con la mano á Pilar para que no se descuide.)

—Vamos á ver... ¿y de doctrina cristiana?...

—Talcualicemente, señor cura...

—Voy á hacerte unas preguntitas.

—¡Güeno! (ya empiezan las pregunticas.)

—Vamos á ver ¡ejem!... ¡Cuántos dioses hay?

—¿Dioses dice usted? (La Pilara

vuelve la mano derecha con todos los dedos cerrados excepto el índice.)

—¿Dioses?

—¡Sí, hombre!... ¿Cuántos?

—¡Pus uno solico, señor cura!

—Muy bien... ¿y cuántas personas?

—¿Personas dice usté? (Pilara vuelve á levantar la mano doblando el pulgar y el meñique y levantando los dedos restantes hacia arriba). Personicas, ¿eh?

—¡Sí... personas! ¿No lo sabes quizás? ¿Por qué lo piensas tanto? Vamos, ¿cuántas hay?

—Pues hay... cinco.

—¡¡Cómo!!

(Pilara repite el signo con insistencia.)

—¡Sí... señor cura... cinco... tres están en pie y dos en cuclillas... si-gún ice la Pilara...

Por la copia

L. R.

EXTRAVAGANCIA

No creo justo y sin	0
vuestro altercado import	1
Juzgo, esposa, que ning	1
tolerará ese agua.	0
¿Que bebo, fumo y trasn	8
que me juego hasta los de.	2
que sólo vivo entre enre	2
que una actriz me tiene ch	8
que me aguardan mil desas	3
dentro de días conta	2
y que no tengo abona	2
los recibos de mis sas	3
¿Que á mi casa acuden to.	2
blandiendo siempre el a	0
que no pago al carni	0
que son rústicos mis mo	2
que soy un pillo y un t.	1
Por Dios, Paca, no abu.	6
de mi paciencia y no u.	6
tal lenguaje inopor	1
Ya toleré ese agua	0
una vez y dos y	10
y hoy no lo aguanto ¡par	10
ni al mismísimo lu	0

EDMUNDO DE C. BONET

Un tomador es sorprendido en el momento de introducir su mano en el bolsillo de un caballero.

—¡A ese, á ese! —grita la víctima.

Los guardias echan á correr detrás del caco, que para librarse de sus perseguidores se zambulle en el pilón de la Puerta del Sol. Uno de los guardias, al verle, le dice:

—¡Salga usted, tunante!

—Por Dios, no me maltrate usted, padrino—contesta el tomador.

—¿Padrino?

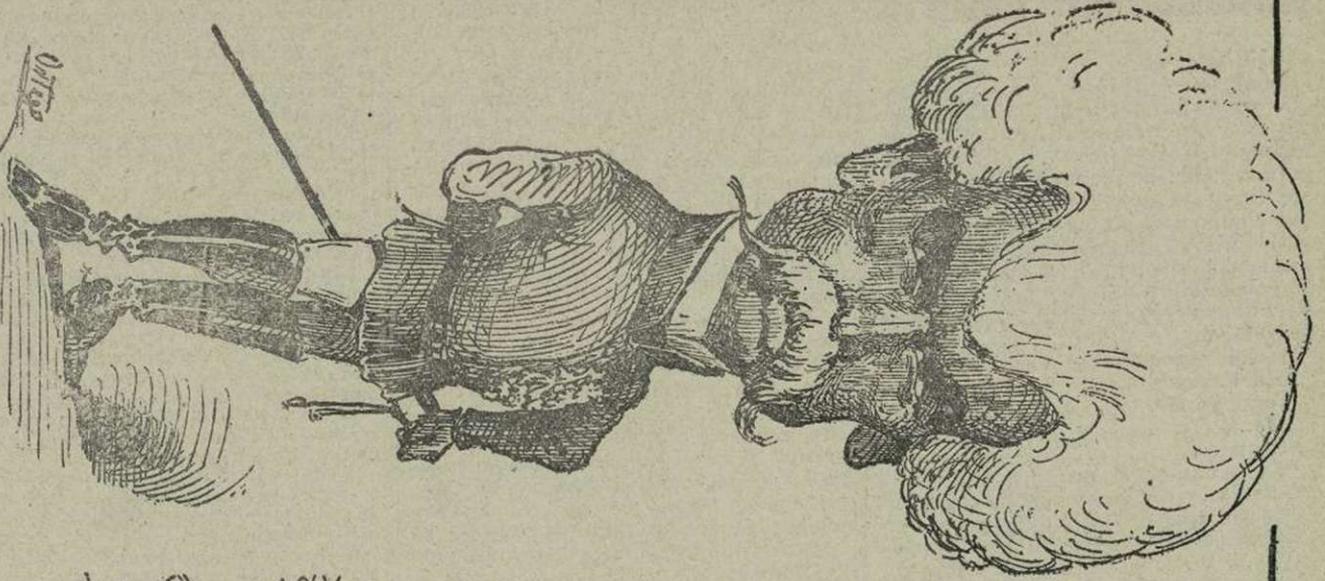
—Pues, hombre, ¿no me está usted sacando de pila?

Un vago comparece ante el tribunal:

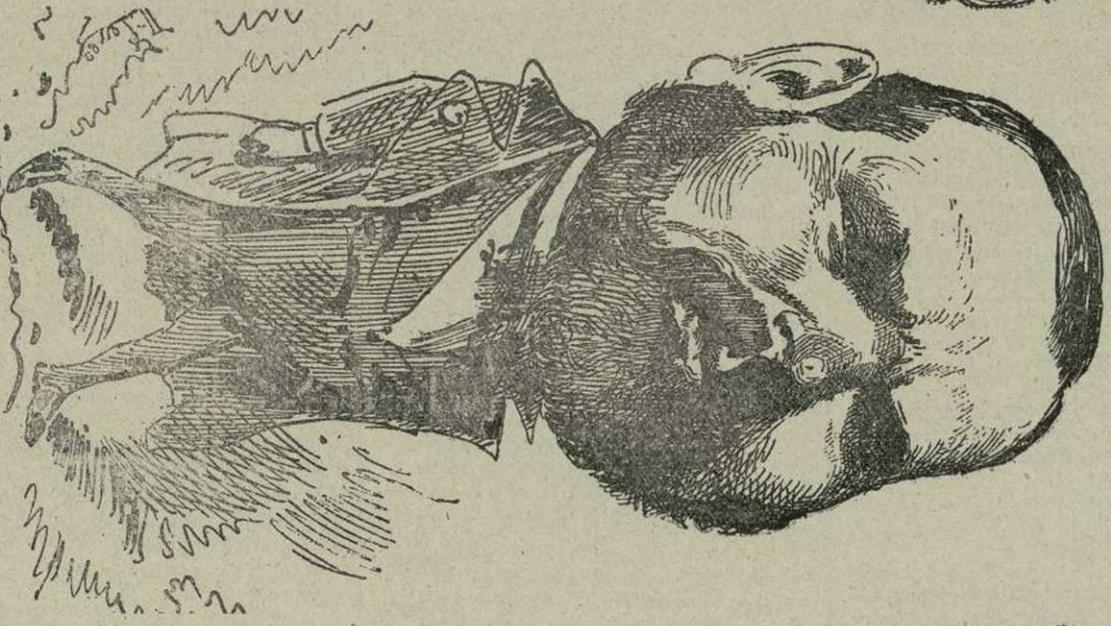
—¿Cuál es la profesión de usted?

—Inventor de globos subterráneos.

EL MOTIN



MILANS DEL BOSCH.



RIVERO.



SAGASTA.

Andando por Madrid

Aquí estoy yo.

Desde el 14 de Enero de 1915 no habían tenido ustedes la satisfacción de leer mis crónicas, y digo satisfacción porque supongo les agrada saber que aún existe Juan Pérez, al que tal vez hayan dado por difunto alguno de los lectores (si es que alguno notó mi presencia en EL MOTIN). Pues sí, señores, aquí estoy vivo y coleando como los besugos (que no se dé por aludido ningún político más ó menos ministrable; me refiero á los besugos de Navidad).

Y ¿cómo me presento á ustedes?

¿Hablando de...?

Tente pluma.

¿De...?

Tampoco.

Y el asunto ha de ser de actualidad.

Así discurría cuando salía de casa (que es de ustedes, Jordán, 17) cuando veo en el escaparate de las Pescaderías Coruñesas de la calle de Fuencarral: «Merluza á 1'80 medio kilo».

¡Ya tengo asunto! Exclamé: hablaré de las subsistencias, y como hay que empezar por alguna, dedicaré este primer artículo á

LOS PESCADOS EN MADRID

Encamino mis pasos á la estación del Norte para visitar los muelles del fresco, paso después á la Plaza de los Montenses y veo lo que allí hay...; les hago gracia de su descripción, porque cualquiera de ustedes puede hacer la visita; pero fijense en las siguientes operaciones:

Descarga del wagón al muelle. Naturalmente el muelle está todo lo sucio que ustedes pueden imaginar, y el wagón... lo mismo sirve para transportar pescado que trapos viejos, claro que sin desinfección ni nada que pueda matar á los pobrecitos microbios.

Apilado de cajas unas sobre otras, con lo cual, lo que chorrea de las de arriba pasa por las de abajo.

Apertura de cajas á la hora del mercado. Aquí el manoseo de los compradores que sacuden y revuelven el género á su gusto.

Cierre de cajas, cuyo contenido no se vendió y transporte á los Mostenses.

En carros tan sucios como los wagones y también sin desinfección alguna.

Nueva apertura de cajas en el Mercado y nuevo manoseo y si hay sobrante, nuevo apilado, generalmente con las cajas abiertas, hasta el mercado del día siguiente...

Con otra visita al mercado del fresco ni creo en Cajal, ni en Koch, ni en Ferrán... ni en los microbios...

Esta es la parte «higiénica»; vamos á la económica». Como no quiero que me llamen parcial, copio un ejemplo del informe presentado á la junta de subsistencias el 14 de Abril de 1912 por el entonces concejal D. Bernardo Martín y el administrador de la Alhóndiga D. Demetrio Muñoz especialistas en la materia.

«Supongamos que desde La Coruña envían para vender 30 cajas de sardinas y 20 de merluza; hecha la venta en el mercado, resulta que las 30 cajas de sardinas han dado un producto de 304 pesetas; las veinte cajas de merluza, 688; total 992 pesetas reembolsables al remitente.

»Por esta partida, el asentador ha cobrado:

»Por comisión de ambas partidas, 54 pesetas; por romana y quebranto de moneda, 54; carga y demás acarreo, 21; »total, 129 pesetas, equivalentes al 13 »por 100 del producto neto de ambas partidas; ó sea el 16, 80 por 100 del capital adelantado por unas horas; algunas veces uno ó dos días; en este último caso habrá obtenido un beneficio de más DE 3.000 POR 100 AL AÑO DEL CAPITAL INVERTIDO.

¿Les parece bastante beneficio? Pues no formen juicios temerarios y sigan leyendo.

¿Recuerdan ustedes aquella Sociedad altruista que con el nombre de Pescaderías Coruñesas se estableció en Madrid para abaratar el pescado?

Establecieron 2, 4, 8, 12 expendedorías, montaron cámaras frigoríferas, compraron barcos y trajeron peces nuevos, más ó menos comibles, vendiendo barato, bueno y fresco, pero ¡av! lo barato y bueno duró poco, continuando sólo la «frescura» de la compañía, que después de inutilizar á los demás pescaderos, á unos por la competencia, á otros por la dádiva y á otros por la asociación se metió á grandezas, y elevó un edificio propio y fué elevando con él los precios de la pesca hasta tal punto que hoy no se pesca ningún pez si no pone usted en el anzuelo un billete del Banco de España.

Antes, cuando había muchos pescaderos, muchos remitentes y muchos asentadores, ganaban éstos el 3.000 por 100 anual, hoy que casi es única la compañía no se puede saber lo que gana; pero sí que construye suntuosos edificios y vende á 3'60 el kilo, lo que antes vendían los pescaderos á 1'20; y vendiendo á 1'20 el kilo había quien ganaba al año el 3.000 por 100 (tres mil por ciento) ó sea que con cada peseta ganan seis duros al año. Ahora lo venden á 3'60, tres veces más caro, y como seguramente no se ha aumentado la distancia del mar á Madrid, ni la pesca ha disminuido, ni se llevarán este artículo los franceses, ni los ingleses, resultará que lo único que ha aumentado ha sido la codicia de la empresa (1).

¿Qué hicieron las entidades oficiales del Gobierno? Lo de siempre; mirar cómo prosperaban las Coruñesas, comer pescado y esperar que suja una protesta del explotado y desamparado consumidor para proteger... ¿Al público? No. A la Compañía «Pescaderías Coruñesas.»

JUAN PEREZ

(1) ¿No podría el Ayuntamiento pagar un telegrama diario de la Bolsa de contratación del pescado en Vigo para saber (aunque sólo fuera por curiosidad) lo que allí cuesta y lo que aquí se cobra? Lo mismo que decimos de Vigo podríamos decir de los otros puertos-pescadores.

Motín en la plaza de los Mostenses

Retiramos el origen: l con que terminaba esta plana para intercalar esto que publica *El Liberal* de hoy lunes:

El pescado.—Conflicto que se repetirá

En la plaza se nota algunos días falta de pescado. Se pone á la venta poco, y este poco de mala calidad y á precios subidos.

Esta falta no es atribuible á los transportes ó á conflictos en los caminos resqueros ni á cosa parecida. Se debe, pura y simplemente, á codicia de los acarreadores.

Según informes nuestros, casi todos los días llega á la corte pescado suficiente para

el consumo. Algunos días hasta con exceso se recibe. Pues bien; los acaparadores retienen en su poder las cajas de mercancías, sacándolas á la venta muy poco á poco, para evitar que la abundancia pueda traducirse en baratura.

Esta conducta fué causa anterior de un serio conflicto en el mercado de los Mostenses.

Al empezar la subasta, los vendedores «al detall» se negaban á aceptar la mercancía, porque de las cajas se escapaba á distancia un fuerte olor á cosa podrida.

Los contratistas se esforzaban en colocar «aquello» á los pescaderos, y éstos, uniéndose á las mujeres que estaban en la plaza, se dieron á protestar á voces, promoviendo-se un verdadero motín, que á duras penas pudo sofocarse, no sin enviar al quemadero más de trescientas cajas de pescado.

El visitador de la plaza, los guardias municipales y algunos de Seguridad tuvieron que intervenir en el tumulto.

Y esto que relatamos como ocurrido anteriormente no es nuevo, pues ya en otras ocasiones, aunque con menos intensidad, ha sucedido lo mismo.

Y si no se ataja (el remedio es bien sencillo) acabarán otras cosas más serias.

Estos acaparadores son los que ganan el 3.000 por 100 de que hablamos en el artículo.—J. P.

Ante el tribunal comparece un joven que, después de vivir de huésped sin pagar el pupilaje, concluyó por cortar la cabeza á la patrona y su esposo.

—¿Qué es usted?—le preguntó el juez.

—Modista—contestó la procesada.

—¿Modista?

—Sí, señor; me dedicaba á cortar patrones.

Un cesante estaba parado en la Puerta del Sol mirando un reloj; llegó por detrás un ratero y con mucho cuidado le metió la mano en el bolsillo para robarle.

El cesante, que lo notó, le dijo con desprecio:

—¿Qué buscas ahí, estúpido! ¡Si hace dos años que meto yo la mano y no encuentro nada!

Un abogado se presenta ante un tribunal como testigo.

El presidente, con acento paternal:

—Vamos, amigo mío; olvide usted por un momento su profesión, y díganos la verdad.

Declara un testigo ante el Jurado: —¿Usted recibió cartas anónimas?

El testigo, con mucho miedo de comprometerse:

—No aseguraré que fueran anónimas... lo único que puedo decir es que no tenían firma.

Dos pillastres salen de ver un melodrama patibulario.

—¿Qué drama! ¿eh?

—Magnífico.

—El último acto da miedo.

—¡Ya lo creo! ¡Como que salen cinco guardias civiles!...

Composición leída en el Teatro de la Alhambra el día que se dió en Enero de 1885 una función á beneficio de las víctimas de los terremotos ocurridos en la provincia de Granada:

CARIDAD

En territorio español
donde es más ingrato el suelo,
y más trasparente el cielo
y más despiadado el sol,
sus casas, en los alcores
y en los riscos y las lomas
como nidos de palomas
hicieron los labradores
que, trasformando en vergel
el agrio suelo infecundo,
tan ignorantes del mundo
como olvidados por él,
sólo se daban razón
de que en España vivían
porque á menudo tenían
que pagar contribución.

Una noche, de la sierra
por las vertientes rodando
baja el alud anunciando
la convulsión de la tierra...

Todo comienza á oscilar.
se extremece ó se derrumba:
se alza la losa en la tumba;
tiembla la cruz del altar;
se abre el suelo en derredor;
se hunde el puente con estrago;
el río se torna en lago
y crece amenazador,
y, entre tinieblas de duelo,
amagan á un tiempo mismo
bajo la tierra el abismo
y la tormenta en el cielo.

En un grito horrible y vario
el delirio hace explosión...
Cada choza es un montón
de ruinas sobre un osario.

Allí, entre escombros sujetos,
hay séres hechos pedazos,
y en espantosos abrazos
se rompen los esqueletos...

Alguien sale, medio loco,
de las ruinas, y otro gime
bajo el peso que le oprime
y le ahoga poco á poco.

Y hay séres vivos, ilesos,
con los muertos soterrados;
y labios ensangrentados
que se dan horribles besos...

Este grita; el otro corre
mudo como sombra humana;
dobla á muerto la campana
al desplomarse la torre...

Séres en triste orfandad
se postran... y tiembla el suelo;
alzan los ojos al cielo...
y estalla la tempestad.

Huyen, y caen de hinojos;
van á orar, y el templo rueda;
lloran... y la polvareda
entierra el llanto en sus ojos.

¡Míred!... ¡gritad!... ¡Compasión!...
y, al oír ese alarido,

toda España ha respondido:
¡Hijos de mi corazón!

Madre de huérfano es
la patria que nos implora;
busquemos dinero ahora;
ya rezaremos después.

Bien es que al cielo se acuda,
mas sin pompa ni boato;
rece el clérigo barato,
que hay mucha gente desnuda.

Cada cual á dar se obligue
poco ó mucho, plata ó cobre;
el rico lo que le sobre,
el pobre lo que mendigue.

Y, siendo de oro de ley,
véndase, si es necesario,
hasta la cruz del rosario
y la corona del rey;
pues el Mártir de pasión,
que Rey de los reyes era,
tomó una cruz de madera
por signo de Redención,
y es tan grande su humildad,
que sólo se ha reservado
las perlas... que al desdichado
arranca la caridad.

LEOPOLDO CANO

EL HÉROE-CHUSMA

I

Es verdad que todos saben
sin aprenderla en los libros,
que sin pies no andan cabezas,
sin brazos no valen bríos;
que no hay luz sin que haya sombra,
ni montes sin precipicios,
ni gigantes sin pequeños,
ni memorias sin olvido.
Y no hubiera tanto nombre
sobre mármoles escrito
si no hubiera soterrado
tanto anónimo heroísmo.
¿Mas quién al mirar montañas
gigantes, luz, lauros ínclitos,
piensa que hay también llanuras
pequeñez, sombras, olvidos?

II

GUADALETE-COVADONGA

Los tres de Casa real, hubo
en Toledo un rey Rodrigo,
cabe el Estrecho un magnate
y en Guadalete un obispo.
El rey forzó á una doncella,
abrió el conde al berberisco
su patria, y el buen prelado
vendió la enseña de Cristo.
Y uno traidor, otro impuro,
y el tercero vengativo,
hundieron fe, trono y patria
en la corriente de un río.
Refugióse la vergüenza,
como el águila en los riscos,
y encendió el furor guerrero
monte á monte y grito á grito.
Gente oscura cuyos nombres
borró el paso de los siglos,
sin escudos blasonados,
franco el pecho al enemigo,
saltó de cueva salvaje,
y cual manantial mezquino
que baja del monte al llano

y en el llano es ancho río,
así, ganando á pulgadas
hogar y altares cautivos,
patria que hundieron los grandes
la levantaron los chicos.

III

LAS NAVAS DE TOLOSA

Al pie de Sierra Morena
que oculta al moro enemigo,
temiendo arrostrar el paso
campan las tropas de Cristo.
Tornadiza está la gente
y el adalid indeciso,
que hay en el retorno mengua
si en el avance peligro,
cuando un mísero villano
por desusados caminos
pone ejército y monarca
sobre el árabe temido.
¡Qué batalla y qué victoria!
¡Qué despojos y qué bríos!
¡Cuántas cruces levantadas
y cuánto moro tendido!
¡Qué cadenas el navarro
añadió á su escudo invicto!
Y el de Aragón ¡cuántos pueblos
agregó á sus señoríos!
Tomó don Alonso octavo
en las Navas apellido;
guarda entre lauros la historia
los nombres de los caudillos;
ganaron tierras al moro
y á sus casas nuevos títulos
Haros, Laras y Girones,
Coroneles y Agoncillos...
Para el salvador villano
que abrió paso entre los picos;
para los pobres plebeyos
de los concejos venidos;
para los que pecho y brazos
metieron en el peligro...
¡qué hubo sino sangre y muerte,
ni quién tiene más que olvido!

IV

DESCURRIMIENTO DE AMÉRICA

Crugen entre el mar las quillas,
silba el viento entre las velas,
largas noches de borrasca,
poca gente y mal repuesta.
Así mares no surcados
desfloran tres caravelas
que se alejan de unas playas
y á otras playas nunca llegan.
—¿Quién los guía?—Un pobre sabio
y esa chusma aventurera
que perdiendo nada pierde
y en el riesgo nada arriesga,
¿Adónde van? ¡Quién lo sabe!
de chusma y locos la empresa,
va por camino de espumas
pidiendo al mar playas nuevas.
Y sembrando sangre hispana
en remota ardiente tierra,
cual héroes al indio doman,
cual Dios otro mundo crean,
Americo puso el nombre
y Colón puso la idea;
¿qué ganaron sino olvido
los que pusieron la fuerza?

V

COMUNIDADES Y GERMANÍAS

De oro parecen sus caras
y de oro sus cabelleras;

para dorar sus personas
¿qué mucho que el oro quieran?
Con fieros conquistadores
viene la gente flamenca
y trae para la conquista
más que espadas faltriqueras.
A pueblos, villas y cortes
ó maltratan ó saquean;
rompen fueros, pisan leyes
y hasta destrozan la lengua.
¿Qué poder se opone al peso
de aquella doble diadema,
ni quien resiste de Carlos
la cesárea omnipotencia?
El popular de Castilla,
con la chusma de Valencia,
pone el pie donde la frente
pone altiva la nobleza.
Y allá gente agermanada,
y aquí gente comunera,
por España y por los fueros
vive libre ó finca muerta.
Por el rey luchan los nobles
junto al Turia y al Pisuerga
y enrojecen ambos ríos
no de sangre ¡de vergüenza!
¡Libertad de España, planta
que sembró mano plebeya,
espada noble te vende
y hoz alemana te siega!

VI

MADRID Y BAILÉN

En crestas del Guadarrama
grazna el águila francesa,
y en aguas del sacro Betis
el corcel normando abreva.
El tambor batiendo ahoga
el ¡ay! de la patria, y entran
por ciudades en silencio
soldados en doble hilera.
Pasan ellos recelosos,
lloran al verlos las hembras,
y por no gritar los hombres
se muerden manos y lengua.
¿Dó está, patria numantina,
tu salvaje independencian?
¿Quién detiene al extranjero
que tus mieses pisotea?
Tus reyes le abrieron paso,
tus regimientos se encierran,
duérmese la aristocracia
ó inactiva ó traicionera...
Sólo un fuego se le atreve,
sólo un grito le bravea:
fuego santo y grito noble
de la chusma madrileña.
Sólo un alcalde villano
con un imperio abre guerra.
¿Quién ve ya varas tan firmes,
ni alcaldadas como aquéllas?

Cubierto el campo de sangre
y el aire por la humareda,
luchan ordenadas huestes
con tricolores banderas,
y enfrente turba bisoña
por montes y valles suelta,
un mal trabuco en la mano
y una faja por enseña.
Volcán que fuego vomita
el quieto francés semeja;
buitre audaz el guerrillero
salta y pica, mata y vuela.
Y así, destrozado el pico

que clavó en tan dura tierra,
por crestas del Pirineo
huyó el águila francesa.

VII

¡IC VOS NON VOBIS...

Héroes sin nombre ni fama
que forzados á la guerra
alimentáis á la muerte
con sangre de vuestras venas;
los que rehicisteis la patria,
y domásteis las Américas,
y rompísteis vuestros grillos
en la frente de los déspotas;
los que con la vida propia
hacéis las glorias ajenas
y labráis el alto alcázar
en que viven cien grandezas,
¡ah! ¿por qué vuestro heroísmo
no escriben con áureas letras,
ni la crónica empolvada,
ni la popular leyenda?
Se ve en el aire el palacio
y sus cúpulas soberbias,
pero no se ve el cimiento
porque está bajo la tierra.
Y es que siempre la corona,
por injusta providencia,
aunque la ganen las manos
se coloca en la cabeza.

EUGENIO SELLES

La opinión

Iban un viejo y un chico
por esos mundos de Dios,
y acompañando á los dos
iba también un borrico.

El vejete, ya encorvado,
iba á pie con mucha paz,
y mientras tanto, el rapaz
iba en el burro montado.

Vieron esto ciertas gentes
de no sé qué población,
y con acento burlón
exclamaron impacientes:

—¡Mire usted el rapazuelo
y qué bien montado va,
mientras de viejo que está
andar no puede el abuelo!

¿No era mejor que el chiquillo
siguiera á pie, de reata,
y que el viejo, que va á pata,
montara en el borriquillo?

El anciano que esto oyó
dijo al muchacho: —Discurso
que hablan bien; baja del burro
que voy á montarlo yo.

El niño sin impugnallo
bajó del asno al instante
y echó á andar, mientras boyante
iba el abuelo á caballo.

—¡Vaya un cuadro singular
y un chistoso viceversa!
(dijo una gente diversa
que así los vió caminar).

—¡Mire usted el viejarrón
y cómo va cabalgando
mientras el chico va dando
tropezón tras tropezón!

¿No era mejor que el vejete
¡maldito sea su nombre!
fuese á pie, que al fin es hombre,
y no el pobre mozaibete?

—¡Alabado sea Dios!
dijo el viejo para sí;—
tampoco les gusta así;
pues, nada ¡á montar los dos! —

Esto dicho, de la chupa
tiró al muchacho, subióle
de un brinco arriba y montóle
muy sí señor en la grupa.

—¡Perfectamente! exclamaron
soltando la taravilla
los de otro lugar ó villa
por donde luego pasaron.

—¿Habrá cosa más bestial,
aunque sea pasatiempo,
que montar los dos á un tiempo
en ese pobre animal?

¿No era mejor ¡voto á bríos!
que alternasen en subir,
y no que el burro ha de ir
cargado así con los dos?

—¡Cosa es ya que me encocora,
exclamó el viejo bufando:
bajemos los dos... ¡y andando!
á ver qué dicen ahora.

Y uno y otro descendieron
y á pie empezaron á andar,
y—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Vaya un par!—
otras gentes les dijeron.

—¿Es posible que se dé
quien así busque molestias?
¡Qué majaderos! ¡Qué bestias!
¡Tienen burro y van á pie!—

Cargado entonces del todo,
dijo el viejo:—¡Voto va!
¿Con que no podemos ya
acertar de ningún modo?

Hagamos lo que nos cuadre
sin hacer caso el menor
de ese mundo charlador,
llore ó ría, grite ó ladre.

Por nada, pues, ya me aburro
en un mundo tan ruin.
Con que... ¡arriba, chiquitín!,
que es lo mejor. —¡Arre, burro!

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE

CUENTO

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo: «Vaya un cuento ahora»;
y ya iban tres cuartos de hora
cuando él iba en lo siguiente:
«Aunque pobre, el juez prudente
le hizo justicia al momento.»
Y uno que escuchaba atento
le replicó con malicia:
«¿Pobre, y se le hizo justicia?
Dice usted bien; eso es cuento.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Virtudes del clero
TRALLAZOS
Cosas que he dicho
Más cosas
que he dicho

José Nakar
DOS PESETAS TOMO

IMP. «LA ITALICA», VELARDE, 12 MADRID